

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠ Si Scires Donum Dei...

“El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el Niño que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios...”

—Lucas 1, 35



El Primer Sagrario ...

En su visita a Isabel propició un gran milagro... *“Por aquellos días, María se levantó, y marchó deprisa a la montaña, a una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó de gozo en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; ... y bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor”* (Lc 1, 36.39-41.45). María, se dirigió a casa de Isabel para ayudarla. La Virgen nazarena lleva consigo al Hijo de Dios en su vientre.

¡Qué humildad la del Verbo!, que quiso seguir todos los estadios de desarrollo de los hombres cuando tomó nuestra naturaleza. ¡Qué caridad la de María su madre!, que no se quedó ensimismada en su embarazo, sino que salió enseguida a ayudar a la que más lo necesitaba.

“Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» –el primer «tabernáculo» de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María” (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 55).

Durante aquellos nueve meses el Niño que llevaba en su seno fue para María refugio e impulso. Refugio para vencer la tentación de ceder ante las dificultades: ¿cómo explicaré al mundo lo que me ha sucedido? ¿Qué pensará José? Impulso para afrontar tareas de servicio material y espiritual a los demás, aunque fueran incómodas como el viaje a la casa de Isabel. El Niño fue refugio e

impulso porque María tuvo durante ese tiempo una unión muy particular con Jesús, la que tienen todas las madres con su hijo. Esa unión le dio una muy especial presencia del Verbo en su vida. Ojalá nosotros al igual que ella procuremos crear lazos espirituales que nos unan a los sagrarios, para tener también esa conciencia de la presencia de Cristo en los sagrarios.

Pensar en el sagrario más próximo y dirigirnos de vez en cuando a él con la mente; nos lleva espiritualmente al Cristo presente en la Eucaristía cuando nos encontramos inmersos en nuestros diarios trajines.

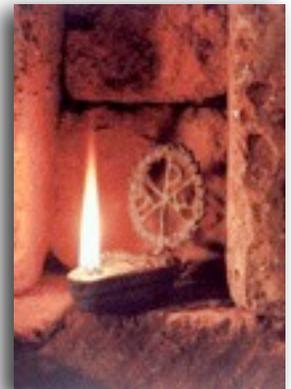
El sagrario será así para nosotros un embalse amplio que nos suministra generosamente agua para que bebamos nuestra alma. De esta manera, el sagrario será para nosotros refugio e impulso de nuestra vida. Refugio donde nos encontramos con Jesús, que nos empuja a llevarlo a todos los hombres y donde retornaremos a cobijarnos. Quien tiene su mente y su Corazón junto a Jesús en el sagrario no será dejado de su mano ante las tentaciones.

Impulso que nos empujará a no conformarnos con ser un cristiano tibio de mínimos. Impulso que nos lanzará a desarrollar un vibrante apostolado, para anunciar con gozo el mensaje de Jesús a los que nos rodean.

Impulso que nos llevará a no ser indiferentes a la suerte de nuestros semejantes, a ser motores de amor y vida, de gozo y paz en la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

Impulso que nos lanzará a dejarnos transformar por Jesús, para que nos haga Santos, amando profundamente a Su Madre, María modelo y primer Sagrario, y a Su Iglesia que nos llevará por el camino al Cielo.

La Eucaristía nos hará Santos, como Cristo es Santo. Como Él quiere que cada uno de nosotros sea Santo.



MARÍA, MADRE DE LOS ADORADORES

Fue María la primera en adorar al Verbo Encarnado, cuando, ignorado de todo el mundo, se hallaba encerrado en su seno virginal. ¡Oh!, qué homenajes tan dignos recibió nuestro Señor en ese primer tabernáculo animado!... ¡qué bien servido se vio mientras habitó en él!.. Jamás ha hallado desde entonces un copón de oro más precioso ni más puro!... Jesús se complacía en esta adoración de María más que en la de todos los ángeles del cielo. ¡El señor ha colocado su tabernáculo en el sol!, dice el salmista; este sol no es otra cosa que el corazón de María...

También en Belén fue María la primera en adorar a su divino Hijo, reclinado sobre el pesebre. Ella adoró con un amor perfecto de Virgen Madre, con un amor de dilección, según la expresión del Espíritu Santo. Sólo después de ella se acercaron a adorar San José, los pastores y los magos; María abrió ese místico surco que había de bifurcarse luego y ramificarse por todo el mundo.

– Qué pensamientos tan sublimes, tan divinos, debía desarrollar en su adoración, María continuó adorando a nuestro Señor en su vida oculta en Nazaret, luego en su vida apostólica y hasta sobre el Calvario, donde su adoración fue el sufrimiento. Estudiemos la naturaleza de la adoración de María. Ella adora a nuestro Señor siguiendo sus diversos estados; adapta su adoración al estado de Jesús; el estado de Jesús determina el carácter de su adoración.

María no permaneció en una adoración invariable, sino que le adoró primero anonadado en su seno; pobre luego en Belén; artesano en Nazaret, y más tarde evangelizando y convirtiendo a los pecadores; le adoró, en su agonía sobre el Calvario, sufriendo con Él; su adoración seguía todos los sentimientos de su divino Hijo, que le eran bien conocidos y manifiestos; y su amor le hacía entrar en una perfecta conformidad y armonía de pensamientos y de vida con Él.

También a ustedes, adoradores, se les recomienda esto: adoren siempre a Jesús Sacramentado; pero variando sus adoraciones, del mismo modo que la Santísima Virgen variaba las suyas. Relacionad y hagan revivir todos los misterios en la Eucaristía; sin esto incurrirían en la rutina. Si el espíritu de su amor no es alimentado por medio de una forma, de un pensamiento nuevo, se hallarán lánguidos y secos en la oración.

Es preciso, pues, celebrar todos los misterios en la Eucaristía, como hacía la Virgen en el cenáculo. Cuando ocurría el aniversario de los grandes misterios que se habían cumplido ante sus ojos, ¿creen acaso que Ella no



*Ave María, dulce Madre de la Eucaristía.
Con dolor y mucho amor, nos has dado
a tu hijo Jesús mientras pendía de la Cruz.
Nosotros, débiles criaturas, nos aferramos
a Ti para ser hijos dignos de este
gran AMOR y DOLOR.*

*Ayúdanos a ser humildes y sencillos,
ayúdanos a amar a todos los hombres,
ayúdanos a vivir en la gracia
estando siempre listos para recibir
a Jesús en nuestro corazón.*

*Oh María, Madre de la Eucaristía,
nosotros, por cuenta propia, no podremos comprender
este gran misterio de amor.*

*Que obtengamos la luz del Espíritu Santo,
para que así podamos comprender
aunque sea por un solo instante,
todo el infinito amor de tu Jesús
que se entrega a Sí mismo por nosotros.*

Amén.

renovase en sí todas las circunstancias, las palabras y las gracias de los mismos? Cuando llegaba la Navidad, por ejemplo, ¿creen que María no recordaba a su divino Hijo, entonces oculto bajo los velos eucarísticos, el amor de Su nacimiento, Su encantadora sonrisa y las adoraciones suyas, así como las de San José y de los tres magos? Con esto se proponía Ella regocijar el corazón de Jesús, renovándole el recuerdo de su amor, y esto lo repetía en el aniversario de todos los demás misterios.

María ¡enseñanos la vida de adoración! Haz que también nosotros, como Tú, sepamos encontrar todos los misterios y todas las gracias de la Eucaristía; que sepamos hacer vivir el Evangelio y leerlo en la vida eucarística de Jesús.

¡Acuérdate, oh nuestra Señora del Santísimo Sacramento, que eres la madre de los adoradores de la Eucaristía!

– Del devocionario del venerable Pedro Julián Eymard, editado en 1913, fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento.